Europa al Oeste y al Este

POR **ENRIQUE BUSTAMANTE RAMÍREZ**



PACA ARCEDO/SUSI BELLVER

«Ahora voy a contar de 1 a 10. Cuando llegue a 10 estará en Europa»(…) «Cuando su mente llegue a 10 estará en Europa». La voz del narrador de la reciente película de Lars Von Trier podría servir como irónica guía para el actual desconcierto comunitario en torno a Maastricht. Con matices, hubiera podido dirigirse igualmente a los españoles de la transición política al franquismo que esperaban casi todo de Europa. Con mayor dramatismo aún podría orientar su mensaje a los países del ex-Este europeo.

El hecho de que esta última interpretación parezca excesivamente forzada (la película se desarrolla supuestamente en la postguerra europea) resulta indicativo del final de la euforia (euroforia han dicho algunos) que la Europa occidental sintió durante un breve período por su mitad escindida. Diríase así que la ley mediática de rápido agotamiento y veloz obsolescencia de las noticias ha impuesto aquí sus reglas sobre la política y la economía. Y así,el antiguo Este, también en ese sentido latinoamericanizado, sólo traspasa las barreras de la actualidad occidental cuando engendra catástrofes naturales o sociales (guerras civiles, golpes de Estado…)

Fundación Telefónica
Telefónica

Agotados estos plazos de la moda, Fundesco, a través de TELOS, y el Instituto de Europa Oriental organizaron hace unos meses una Conferencia Internacional sobre la comunicación y la cultura Este/Oeste en Europa, cuyos objetivos últimos se orientaban hacia la reflexión y la toma de conciencia sobre una necesaria cooperación continental.

Los materiales presentados no pudieron, ciertamente, ser demasiado optimistas. Pero el desarrollo de los problemas planteados en esas jornadas fue evidenciando además resonancias especiales en la reciente historia española.
Las tentaciones de control sobre los medios, apenas suprimida la censura, se ejercían también allí a través del reparto partidista o de mecanismos económicos indirectos. La ingenuidad de novatos democráticos se veía sorprendida, muchas veces sin transición, por la rápida sustitución de la censura política por la económica.

El desprestigio acumulado por los medios estatales conducía a la incapacidad de imaginar y poner en marcha auténticos mecanismos de servicio público. El afán de una tardía homologación internacional se resolvía frecuentemente con el aterrizaje de los grandes grupos europeos y estadounidenses (los Springer, Hersant, Murdoch, Berstelsmann, pero también Times-Warner, Disney…) tiñendo paradójicamente de dependencia los radicalismos nacionalistas. El desarme proteccionista amenazaba arruinar las capacidades creativas. Y el despegue de lo político llevaba con frecuencia en los inaugurados mercados al sensacionalismo y el populismo descarnado mientras se extinguían o languidecían los escasos medios que habían apostado por el cambio (¿recordamos los Triunfo, Cuadernos para el Diálogo o algunos otros?).

La consiguiente perplejidad ante las ambivalencias y ambigüedades del mercado quedaba expresada ejemplarmente en otro coloquio reciente, en donde una periodista de Eslavonia, tras quejarse amargamente del potencial de control gubernamental que implicaban las subvenciones a los cinco diarios existentes, reconocía que el cierre de casi todos ellos sería el resultado inmediato de su ideal sometimiento a la libre competencia en un raquítico mercado publicitario.

Más allá de las reminiscencias históricas para una sensibilidad española, la problemática levantada en la Segunda Conferencia Internacional de TELOS, sobre la comunicación y la cultura de los países del Centro y Este europeos alcanzaba dimensiones gigantescas y dramáticas, como corresponde a una transición política y económica sin precedentes históricos.

Por recordar algunas otras de las cuestiones más importantes suscitadas, la destrucción de una formidable máquina de representación de la realidad social aparecía seguida en no pocos países por nuevas enajenaciones del espacio público. La publicidad difícilmente podía abrir paso a un mercado que carecía de oferta garantizada.

El teléfono, apenas recuperado como instrumento de la vida social, se enfrentaba a una óptica económica que revelaba las carencias del mercado y de las formidables inversiones necesarias para la modernización. Los nuevos servicios de telecomunicaciones no planteaban tampoco la escasez de disponibilidades tecnológicas, sino financieras y de mercados.

Fundación Telefónica
Telefónica

La desregulación, abrazada con entusiasmo, revelaba rápidamente sus ventajas e inconvenientes, sin que muchas veces el aparato legislativo heredado tuviera capacidad para paliar los últimos. En el fondo de estos temas aleteaba el interrogante, mucho más intenso que en los países avanzados, de si las nuevas tecnologías de la información no agravarían a corto plazo las consecuencias de una brusca reestructuración económica sobre el empleo y el crecimiento.

La publicación ahora de parte de estas ponencias y comunicaciones tiene el valor añadido de rememorar que estas graves cuestiones, trascendentales para toda Europa, siguen pendientes. Y este recordatorio es aun más oportuno porque el Este europeo parece caer de nuevo en el olvido entre nosotros. Quizás porque la crisis económica y política de la CEE ha dirigido las miradas hacia nuestros propios ombligos. Seguramente también porque las que aparecían, para muchos, como nuevas tierras de misión, conquista y beneficios, han mostrado que la generación de nuevos sistemas políticos y mercados -y de culturas preparadas para unos y otros- precisan de largos y dolorosos procesos de transición de escasa rentabilidad inmediata. El Este europeo, visto desde el primer mundo (¿o es el segundo?) se transforma así en una nueva periferia o, mejor dicho, en parte integrante del Sur.

Ciertamente, los tiempos no parecen propicios, ni económica ni ideológicamente, a la cooperación filantrópica.

Pero la cuestión es más bien cómo ayudarnos a nosotros mismos si se parte de la base de que ni Europa ni su controvertida identidad serán posibles sin la integración y la participación activa de esos países. Y el problema es que poco se ha avanzado desde que Schlesinger, hace dos años y en estas mismas páginas, describiera la casa europea como un «hogar común» que «todavía no tiene cimientos, y mucho menos tejado en la parte superior, ni mobiliario por dentro».

Por encima de Maastricht y de las eternas querellas intracomunitarias sigue siendo urgente la voluntad política de impulsar una cooperación efectiva que prevenga el completo desencanto europeo en la Europa oriental. Uno de los últimos párrafos del narrador de la película Europa, que citábamos al principio, suena como una amenaza de pesimismo absoluto para tiempos de crisis: «Quiere despertar y liberarse de la imagen de Europa. Pero no es posible».

Fundación Telefónica
Telefónica